

cielo recibieron el bautismo, llamándose Gracia y María. Bramaba de coraje Almanzor de ver á su hermano escarnecer su secta: dijole Bernardo como su venida habia sido para alumbrar á sus deudos; y pues no querian admitir la luz de la verdadera religion, que él estaba resuelto de dar la vuelta á su monasterio. Almanzor embravecido le respondió que se fuese, y que no le quitaba la vida por ser hermano.

Persuadió Bernardo á las hermanas que se fuesen con él por huir el peligro de apostatar si quedaban entre moros. Llegaron á un pueblo comarcano llamado Guadazuar, y no teniéndose por seguros de la ira de Almanzor cuando los hallase menos, caminaron hasta Alcira, y entre unos jarales estuvieron ocultos dos dias, hasta que al tercero, pareciéndole á Fr. Bernardo que ya tenia bien desmentidos los adalides y espías que habrian salido en su busca, dejó allí á sus hermanas, y se determinó de llegarse á unas caserías cercanas á buscar de comer. Apenas atravesó el camino real, cuando fué descubierto. Venia con soldados el mismo Almanzor, y arremetieran contra él para alancearlo, á no detenerlo el cuidado de las hermanas. Templó el rigor, y le dijo que si se las entregaba y volvía á su secta, hallaria perdon.

Respondió Bernardo: Yo quisiera que hubieras cogido tú tambien como ellas el fruto de mi venida; mas pues no quieres que seamos hermanos en la fe, ten entendido que los tres estamos prontos á morir por ella. Almanzor oido esto, le hizo maniatar, y que guiase adonde quedaban las hermanas. Saliéronle ellas al camino con lágrimas y sollozos viéndole tan mal parado. Consolólas el Santo con graves y piadosas razones; y confortadas con el breve razonamiento que les pudo hacer, ofrecieron como él las gargantas al cuchillo por la ley de Jesucristo.

Los criados de Almanzor arrebataron á Bernardo, y lo amarraron á un árbol de aquel bosque para quitarle la vida; y llegando á él un barquero, que por su oficio traía consigo un mazo y un clavo, mandado por el tirano se lo metió por la victoriosa cabeza; que con la lengua lo poco que le concedió de vida áquel tormento, invocaba el dulcísimo nombre de Jesús, y á los circunstantes convidaba con la poca sangre que le quedaba. Rindió el espíritu á su Dios el invencible mártir; y libre ya de la vida, volvióse el tirano á las santas doncellas, con halagos y largos ofrecimientos unas veces, y otras con amenazas; y al cabo de haber dado muestras esclarecidas de su constancia en la fe, concluyó el tirano con mandar á sus criados las despedazasen á cuchilladas. Embistieron los lobos carnívoros á las mansas ovejas, que con notable brio se animaban la una á la otra para morir

en la demanda; y juntando con la azucena de la virginidad las rosas del martirio, fenecieron juntas vírgenes y mártires en un mismo dia y lugar con su hermano Bernardo. Dejaron allí los tres cuerpos para pasto de cuervos; mas Dios, que tiene el cuidado de los suyos, proveyó de quien les diese allí mismo sepultura. Con el largo cautiverio de los moros se llegó á perder la memoria de su paradero, hasta que andando el rey D. Jaime en la conquista de aquel reino, fueron descubiertos milagrosamente; y el rey los mandó colocar en una ermita que luego se incorporó con el monasterio de la orden de la santísima Trinidad donde hoy se veneran. Con las alteraciones que luego ocurrieron en aquella tierra, temiendo que fuesen hurtadas las santas reliquias, las escondieron otra vez, siendo muy pocos los que sabian el lugar de este depósito. Fué pasando de unos en otros este secreto hasta que habiendo entrado los religiosos á hacer monasterio de la ermita, lo reveló el ermitaño al provincial de la orden, y de este fué propagándose esta noticia á sus sucesores. El año 1599 por el mes de mayo fueron desenterradas las santas reliquias, y en enero de 1610 trasladadas solemnemente á la iglesia del monasterio, donde ahora permanecen. Hallóse á esta traslacion el venerable siervo de Dios D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquia.

SAN LIBORIO, OBISPO.

Nació S. Liborio, segun se deduce de lo que del Santo escribieron los obispos que le sucedieron en el obispado, en la ciudad Cenomanense de Francia, no lejos de la de Turon en donde san Martin fué obispo y contemporáneo suyo. Su linaje fué ilustre, y su nacimiento por los años de 300, esto es, por los principios de aquel siglo, aunque no se sabe el año ni dia fijamente; y segun el cómputo del tiempo, fué en el del emperador Teodosio y alcanzando el de sus dos hijos Arcadio y Honorio, los cuales reinaban á la sazón que murió gobernando su obispado, como diremos despues.

De su infancia y juventud hablan los autores de su vida con tan encarecidas palabras, que no parece pudieran decir mas de cualquiera de los mayores santos de la Iglesia; porque, lo primero, afirman que no se vió en sus costumbres accion pueril ni cosa que no fuese digna de hombre de razon: fué humilde como la tierra, y obediente y rendido á la voluntad de sus padres y maestro, sin tener otro querer ó no querer mas que el suyo: nunca resistió á cosa que le mandaron, ni tuvo riñas, ó discordias

con sus iguales: mostrábase afable á todos, y en aquella edad sufrido y piadoso con los pobres y necesitados, quitándose el pan de la boca para dárselos. Fué siempre pacífico y manso, y tan quieto y temeroso de Dios, que se puede afirmar sin riesgo de encarecimiento que se verificó en él lo que afirma Isaías del varón justo y escogido de Dios, que se derramó en su alma la gracia del Espíritu Santo con la abundancia de sus dones; previniéndole con ellos desde luego para prelado y pastor de sus ovejas y para maestro de su Iglesia.

Uno de los dones divinos que resplandecieron en este grande Santo desde su infancia, fué el de entendimiento y sabiduría mas que humana; porque ostentó desde luego un vivo y despierto ingenio para las letras, escogida habilidad para el estudio, la cual junta con su mucha virtud y aplicacion, en poco tiempo le hizo campear entre todos sus condiscipulos. Tuvo grande presteza en aprender, mucha energia en argüir, igual destreza en responder, claridad y prontitud en declararse y enseñar lo que sabia; y el espíritu divino parece que le asistía en cuanto obraba y hablaba, porque de todos era aplaudido y alabado sin envidia, que no es pequeño don en los estudios, en donde al pasó que alguno se adelanta y sobresale entre los otros, es mas envidiado que alabado de los condiscipulos; pero la virtud y modestia de nuestro Santo fué tan grande, que refrenó á los discipulos y prendó las voluntades de todos los buenos; de manera que le amaron y estimaron, reconociendo en sus acciones el don divino comunicado del Espíritu Santo, que le habia escogido para vaso de eleccion y sabiduría en su Iglesia, y como tal le miraban y veneraban todos con igual estima, respeto y amor; y viéndole tan aprovechado en las letras, mereció pasar de discipulo á maestro, y enseñar lo que habia aprendido, con la eminencia y acierto que Dios le dió, á sus discipulos, á los cuales leyó cátedra no menos de virtudes que de letras, enseñándoles con la filosofía humana la divina del temor santo de Dios, la piedad para con los prójimos, el estudio de aprovechar en la perfeccion, el zelo de la gloria divina y de la salvacion de las almas; en primer lugar de las propias, que son los prójimos mas próximos por quienes debemos mirar con mayor cuidado, porque sería grande yerro olvidarse de sí mismo por cuidar de la salud ajena. Estas y otras muchas virtudes enseñaba el siervo del Altísimo mas con el ejemplo de su vida que con el estruendo de las palabras, que es el mas eficaz, el mejor y mas útil modo de enseñar, ostentándose en su juventud anciano, y en la flor de sus años árbol fructífero no solo de flores sino de sazonados frutos de virtudes.

Llegando el siervo de Dios á la edad competente de tomar estado, lo primero que hizo fué cerrar los ojos á la carne y sangre; y despues de mucha oracion y consulta con Dios, y con las personas espirituales y doctas que le podian dar consejo, y atendiendo á la mayor gloria divina, se resolvió dar de mano á todas las pompas del mundo y á cuanto estima y adora, y dedicarse todo á Dios y á su culto y servicio, cerrando los oidos á los halagos del mundo y á las delicias y gustos que le ofrecia así por su riqueza como por su nobleza, y por la alta estimacion en que se hallaba, no solo de sus parientes sino de toda su ciudad; y pisándolo todo con varonil resolucion, se sacrificó á Dios con voto de perpetua castidad para servirle en su Iglesia todos los dias de su vida; y despues de larga y fervorosa preparacion en oracion retirada, penitencias, mortificaciones y ayunos, recibió los sagrados órdenes de subdiácono, diácono y sacerdocio, con igual gozo de su alma y júbilo de toda la ciudad, mirándole como á ángel del cielo que se ponía en el altar; porque su modestia y humildad y el ejemplo de su vida mas era de ángel de la gloria que de hombre mortal.

Aqui faltan palabras y sobran obras para decir las que el Santo hizo en el nuevo estado de sacerdote, y las veras y el fervor con que se entregó todo al culto divino, al servicio del altar, al bien de los prójimos y á todas las acciones de perfeccion. Si hasta aqui habia sido ángel, despues se ostentó querubin y serafín; querubin en la ciencia y serafín en el amor, así para con Dios como para con sus prójimos.

Despues que se consagró á Dios y mudó de hábito y vida, alistándose en el del estado clerical, que es la parte escogida del Señor, todo él sin reservarse cosa para sí, su alma y su cuerpo, su entendimiento, memoria y voluntad, sus estudios y fuerzas, y todas sus acciones, dedicó y entregó de todo su corazon al servicio de su Dios y al culto de su altar, á los oficios divinos y á todo lo que tocaba á su mayor gloria y honra, y provecho de sus prójimos; todo su estudio dedicó á ordenar sus acciones y enderezar sus pensamientos, voluntad y deseos á la mayor gloria de Dios; y en cuanto la fragilidad humana le pudo permitir, á no desviarse un punto de la voluntad divina ni de lo que dicta la razon, obrando siempre lo que juzgaba era de mayor perfeccion.

Púsose rigurosísimas leyes á sí mismo para no mirar con sus ojos, ni hablar con su lengua, ni gustar con su paladar, ni oír con sus oidos, ni percibir con sus sentidos sino lo que fuese la voluntad de Dios, sin faltar en un ápice en lo que ordena su ley,

que es la primera y mas útil devocion; y repetia muchas veces, que no era justo hacer ni apetecer cosa alguna que le pesase despues. Traia siempre á mano la regla de la ley y la razon, para ajustar todas sus acciones y deseos con ella al edificio de la perfeccion, como el diestro artifice la regla de su arte para anivelar las piedras que pone en su edificio; con que siempre sus obras iban niveladas con la voluntad de Dios, para lo cual usaba de continua mortificacion, refrenando sus pasiones para que no pasasen ni pisasen los lindes de la razon y menos los de la ley de Dios.

De este continuo estudio y vigilancia que tuvo entre sí mismo, le nació el ser tan modesto y tan casto en lo interior y exterior que fué un espejo cristalino de honestidad y santidad á cuantos conversaban con él: notablemente templado, mortificado y medido en todas sus obras, palabras y acciones; su comida tan moderada que era un continuo y riguroso ayuno; el sueño corto, la oracion larga, en el rezo devoto, en su oficio clerical continuo, el primero en el coro y el mas perseverante: nunca escusó el trabajo; siempre era el primero que ponía el hombro á llevarle, imitando á Cristo; que puso el suyo á la cruz para salvarnos.

No puede ocultar el sol la grandeza de su luz por mas que se emboce de nubes, ni pudo nuestro S. Liborio encubrir al mundo los relevantes rayos de sus esclarecidas virtudes por mas diligencias que puso su profunda humildad, retirando cuanto le fué posible de los ojos de todos las obras de sus virtudes: su fama voló por toda Francia, y penetrando los estendidos terminos de Flandes, Alemania é Italia, llegó á Roma y á los oidos del sumo pontifice y de toda su corte, con igual estima de su santidad y gozo de tener en su Iglesia un sacerdote de tan esclarecidas prendas, así de santidad como de letras y nobleza, que sube muy de punto con el esmalte de las virtudes.

Llegó el año de 350, en que fué nuestro Señor servido de llevar para sí á descansar á su reino á Pavacio, obispo de la ciudad Cenomanense (nombrada *Mans*, en la Francia Celta): vino la luz del Espíritu Santo sobre esta noble ciudad, y á una voz fué elegido y apellidado obispo su santo ciudadano Liborio, tan conocido por el resplandor de sus virtudes como por el de sus letras y linaje, confesando que en su persona restauraban la pérdida de su antecesor Pavacio, con tanta razon estimado por santo. Todos se alegraban y solo el Santo lloraba, teniéndose por indigno de aquella suprema dignidad, la cual rehusó cuanto pudo; pero no le valieron sus diligencias, porque la voz del pueblo prevaleció contra él, y el sumo pontifi-

ce, que á la sazón era Julio I, confirmó la eleccion con mucho gusto, por la grande opinion que tenia de su santidad y letras. Fué su eleccion el año de 350, imperando Constancio, si bien el dia fijamente no se sabe.

Consagrado fué, pues, nuestro Santo obispo en su ciudad Cenomanense, segun los ritos de la Iglesia, con grandisima solemnidad y alborozo de todo el pueblo. Colocada, pues, esta antorcha refulgente en el candelero de la Iglesia, comenzó á brillar con nuevas y mayores luces de resplandecientes virtudes, y ejemplos admirables, con que edificaba á todos, enseñándoles y persuadiéndoles en primer lugar con obras el camino del cielo; porque si en el estado clerical hizo vida tan penitente y ejemplar, en el de obispo la hizo mas escelente, doblando los ayunos y las vigalias, macerando su cuerpo con disciplinas, cilicios y asperezas. Púsose rigurosas leyes de retiro y silencio quanto le permitian los negocios ocurrentes; gastaba muchas horas en oracion retirada con Dios y sus ángeles, y con los santos que moraban en el cielo; en la misa y en los oficios divinos estaba con tan grande postura y devocion, que la ponía á cuantos le asistian; era manso, afable, piadoso y sufrido; ninguno le vió airado; con todos fué benigno, fino solo consigo; nunca miró las rentas de su obispado como suyas, sino como de los pobres, de quienes se tenia por siervo y administrador solamente; y como tal las repartía sin tomar para sí mas que lo precisamente necesario para sustentar la vida. Puso suma diligencia en reformar su familia, no sufriendo persona en ella que no fuese ejemplarísima; cosa importantísima á los preladados, cuya opinion manchan muchas veces los desórdenes de sus familiares, y siendo ellos buenos, los desacreditan los que los sirven con sus malas costumbres é insaciable codicia.

Comenzando, pues, por su persona y familia, trató de reformar las costumbres de sus ovejas, enseñándolas y guiándolas por el camino del cielo, lo primero con su ejemplo y despues con sus palabras; entabló la distribucion del tiempo, dando parte á la oracion así mental como vocal, parte al estudio de las sagradas letras y parte á los negocios ocurrentes, en que entraban las causas de los pobres, las visitas de los hospitales y el consuelo de los huérfanos; ninguno le vió ocioso, siempre ocupado en santos ejercicios y en los ministerios de su obispado, persuadido que debía dar cuenta á Dios no solamente de su alma, sino de todas las que tenia á su cargo, y que debía hacer su vida tanto mejor que la de sus ovejas, quanto excede la dignidad de pastor á ellas; por lo cual raro ó ningun dia dejó de predicarles la pa-

labra de Dios y declararles el santo Evangelio, juzgando que como el buen pastor todos los dias da el pasto á sus ovejas, así le corria obligacion de dar como pastor el pasto espiritual á las suyas. Así obrando y predicando llegó este pastor incomparable á ser maestro grande y doctor esclarecido, rigiendo con la luz de su doctrina y alimentando con la leche de su ejemplo su rebaño, que en poco tiempo mejoró su obispado en tanto grado, que parecia otro diferente, quitando muchos abusos, arrancando de cuajo las malezas y espinas de muchos vicios, convirtiendo grande suma de pecadores reduciéndolos á mejor vida, y sacando de las tinieblas de sus errores á muchos infieles.

Después de haber el glorioso Santo reformado las costumbres en su obispado y promovido el estado eclesiástico con el ardiente zelo que tenia de la gloria de Dios y provecho de las almas, todo se dedicó al culto divino y en adornarle y disponerle con tal ornato, que engendrarse devocion en los corazones de todos y á celebrarle: á este fin y con el de cumplir enteramente á sus obligaciones, dividió sus rentas en tres partes; la primera para los templos vivos de Dios, sus amados pobres, con quienes fue siempre liberalísimo; la segunda para el culto divino, edificación de los templos, ornato de los altares y celebridad de las fiestas de Dios y de sus santos; y la tercera para el sustento de su casa y familia, siendo aquella tan corta que con dificultad alcanzaba á lo mas preciso, juzgando que era mas justo que faltase para él que para los pobres y celebridad de las fiestas; siendo tal su devocion, que no pocas veces se ocupaba en adornar los altares con sus manos, trocando en el oficio de sacristan el suyo de prelado, diciendo que no era solo de hombres sino de ángeles, como camareros de Dios que asisten á sus altares á adornarlos.

Para atraer mas la gente á la celebridad de las fiestas, á la oracion y culto divino, exhortaba al pueblo á la frecuencia de los templos y oratorios, afeando con su vivo zelo el que fuesen tan visitados los teatros, las farsas y casas de juego, y las de Dios tan olvidadas de los fieles. Para esto puso particular cuidado en la música y canto de las horas canónicas, y en facilitarles su frecuencia, quitándoles todas las dificultades que podian retardarlos; por lo cual considerando que habia pocos templos en la ciudad, edificó diez y siete iglesias de nuevo en los barrios mas poblados y mas retirados del comercio, para que teniéndolas á mano las frecuentasen con facilidad; y para que perseverasen en ellas orando y rezando, las adornó y acomódo de manera que estuviesen abrigadas del invierno y templadas en verano. Otras

muchas cosas utilisimas estableció en su obispado cuya memoria ha sepultado el tiempo.

Cuarenta y nueve años habia gobernado Liborio su iglesia como santo y solícito pastor, amado de Dios y de los hombres, y resplandeciendo en el mundo como un sol de grande santidad y raro ejemplo de devocion, cuando llegó el año de 400, año de jubileo universal para todos, en que segun la ley antigua todas las cosas volvian á sus dueños y los siervos á su libertad; y Dios le concedió á su fidelísimo siervo Liborio, que saliese de la esclavitud de este mundo y volviese á la libertad de la patria celestial; y su alma, que habia salido de las manos de Dios, volviese á él llena de altas riquezas de muchos y grandes merecimientos, para gozar la gloria que tiene prometida á los mansos y humildes de corazon. Entrando, pues, en el año cincuenta de su obispado y cerca de ciento de su edad, le dió una flaqueza grande con penosos accidentes que le derribaron en la cama, faltándole las fuerzas para trabajar, y luego conoció el siervo de Dios que era aviso del Altísimo que tocaba á su puerta con aquella enfermedad, y le llamaba á la partida para la patria celestial; y dando muchas gracias al Señor por la merced que le hacia, alegre por salir de la cárcel del cuerpo, y conforme con su santa voluntad, cantó como cisne aquel verso de David: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* (Psal. 121.) Mi alma se goza con la nueva que me dan, de que se llega la partida á la casa del Señor: y dando de mano á todas las cosas de este mundo, fijó los de su alma en las celestiales y divinas, disponiéndose para la partida á las eternas moradas donde estuvo siempre con el corazon.

Tuvo el glorioso S. Liborio conocimiento con el bienaventurado S. Martin, obispo de Turon, y reconociendo que se llegaba el tiempo de su partida deseó verle en aquella hora, y recibir de su mano los santos sacramentos de la Iglesia; y Dios nuestro Señor, que está tan atento al consuelo de sus siervos, envió un ángel á S. Martin, el cual le dijo en oración que fuese luego á la ciudad de Cenomaina, porque su amigo el obispo estaba enfermo de partida para el cielo, y la voluntad de Dios era que le asistiese en aquel trance postrero. Oida esta embajada por el santo obispo, se puso luego en camino, y fué con gran diligencia á ver á su buen amigo, deliberando por el camino qué persona habia digna de quedar en su silla por obispo de aquella ciudad; y entrando por unas viñas vió á un diácono que se llamaba Victorio, discípulo querido de S. Liborio, el cual estaba á la sazón rezando las horas canónicas de la Iglesia con mucha devocion, y

en compañía de los ángeles, cantando las alabanzas de Dios. Detúvose S. Martin contemplando atentísimamente su modestia y devocion, y Dios le reveló que aquel era el escogido por sucesor de S. Liborio; y llegándose cerca le saludó con mucha caridad y muestras de benevolencia, diciendo: *Dios os guarde, y prospere nuestro obispo futuro.* Humillóse el buen diácono oyendo estas palabras; y turbóse enmudeciendo su lengua; y S. Martin prosiguió, y diciendo y haciendo, le dió su báculo, exhortándole á recibir aquella dignidad que Dios le enviaba.

Llegó el Santo á la ciudad, en donde halló á S. Liborio en el estremo de su vida y principio de la eterna. Aquí faltan palabras para declarar el júbilo espiritual que tuvieron los dos santísimos obispos en esta visita; abrazáronse ternísimamente, y bañados en un mar de gozo y consolacion celestial, tuvieron largos coloquios y dulcísima conversacion de las cosas divinas y de la gloria que esperaban; y acercándose á S. Liborio la hora de la partida, le administró S. Martin los santos sacramentos de la Eucaristía y Estremauncion, con inefable devocion de ambos Santos, y con la misma le asistió S. Martin hasta que espiró, acompañándole los ángeles, que llevaron su alma á la corte celestial y la presentaron á la majestad de Dios.

El glorioso S. Martin dispuso su entierro en un templo suntuoso que Juliano, primer obispo de aquella ciudad, habia edificado en nombre de los doce Apóstoles de Cristo, en un sepulcro honorífico. Concurrió á sus honras innumerable pueblo de toda la comarca, llorándole como á padre y venerándole como á santo, y procurando á porfía alcanzar cada uno algo de sus reliquias; por las cuales obró Dios muchos milagros, lanzando demonios de los cuerpos, y sanando de varias enfermedades así á paralíticos y calenturientos como á cojos y mancos, y en especial á quebrados, y afligidos de mal de ijada, piedra y orina; declarando el cielo que le daba la abogacia de estas enfermedades, como se ve hasta hoy en los muchos que por su intercesion sanan.

Acabadas las exequias segun los ritos de la Iglesia, hizo san Martin un sermon al pueblo de sus loores y alabanzas, como de verdadero santo; y acabado el sermon, juntó S. Martin el clero, y por voto de todos declaró y consagró al diácono Victurio, que dijimos, por obispo de aquella ciudad y sucesor de S. Liborio.

La muerte de S. Liborio fué á 23 de julio del año de 400, siendo pontífice Anastasio, y emperadores los dos hermanos, hijos del gran Teodosio, Honorio y Arcadio.

La ciudad de Cenomaina (ó Mans) guardó las reliquias de san Liborio hasta el año 836, en el cual Baduardo, obispo de Paderborn, ciudad del reino de Sajonia, para defender á sus feligreses recién convertidos á la fe de Jesucristo de las sugestiones y engaños del demonio, las pidió, inspirado del cielo, á Aldrico, obispo entonces de Cenomaina. Considerando éste la importancia de la pretension y sus circunstancias, movido de Dios, vino en conceder las maravillosas reliquias de su antecesor (reservando para su iglesia el brazo derecho); cuyo sagrado cuerpo con el olor suavísimo que al levantarle despidió, y otros señales que hizo, aseguró á los sajones conseguido el intento. Trasladáronle á Paderborn, y en su largo viaje, por intercesion del Santo, cobraron vista dos ciegos, libertad tres energúmenos, el habla cuatro mudos, pies dos cojos, y salud un sin número de dolientes, que le salieron al encuentro, de suerte que en sola una noche que descansaron los sagrados huesos en la iglesia de S. Sinforiano, sanaron milagrosamente setenta enfermos y un jiboso paralítico, sin otros asombrosos prodigios que refiere estensamente la historia de este feliz camino; y tal vez entonces seria cuando restituyó la vida á tres muertos que consta haber resucitado.

En las sangrientas guerras de Alemania del año 1622 fueron sacrílegamente robadas de Paderborn dichas reliquias por el impio hereje hermano del duque de Brunsvich; pero despues á fuerza de asombros fueron restituidas al mismo lugar. De aqui se han esparcido muchas en varias partes de Europa, de las cuales llegaron á la iglesia parroquial dicha del Pino en Barcelona dos particulas, que se veneran en el altar del Santo, como consta por sus auténticas.

A mas de los continuos beneficios con que favorece S. Liborio á los que adoran sus reliquias é imagen, resplandece principalmente su poderosa virtud en la curacion de los dolores de piedra, arenas é ijada, segun se ha dicho antes. Y aunque de su vida no se puede colegir que hiciese el Santo algunas de semejantes curaciones, bien que es muy verosímil que entre tantas la haria; sin embargo consta que en Paderborn en el año de 1277 sanó por intercesion del Santo de esta penosa enfermedad, que tenia inveterada, el ilustrísimo Werner, arzobispo de Maguncia, que fué á visitar sus reliquias: y desde entonces empezó á descubrir esta gracia, y á ser aclamado por singular patron de los afligidos de dolencias de piedra, como se ha experimentado con los continuos favores, que ha obrado siempre, y obra cada dia con los devotos que invocan su poderoso patrocinio y rezan cada dia la siguiente oracion.

ORATIO CONTRA CALCULUM.

Christi Præsul egregius
 Pro nobis hic Liborius
 Oret Deum altissimum,
 Ne pro culpa peccaminum
 Morbo vexemur calculi;
 Succurrant nobis angeli,
 Et post vitæ certamina
 Ducant ad vera gaudia.

Y. Ora pro nobis, Beate Libori.
 R. Ut à calculi doloribus mereamur erui.

OREMUS.

Deus, qui Beatum Liborium Pontificem aliis innumeris clarum miraculis, speciali tamen in medendis arenarum, et calculi doloribus, privilegio decorasti: tribue quæsumus, ut ejus meritis, et intercessionibus ab iis, et aliis malis eruamur, et gaudiis perfrui mereamur æternis. Per Christum Dominum nostrum. R. Amen.

La misa es en honor de S. Apolinar, y la oracion la siguiente:

O Dios, remunerador de las almas fieles, que consagraste este dia con el martirio de tu sacerdote el bienaventurado Apolinar: suplicámoste nos concedas á nosotros tus humildes

siervos el perdon de nuestros pecados por los ruegos de aquel cuya venerable solemnidad festejamos. Por nuestro Señor Jesucristo; etc.

La Epistola es del cap. 5 del apóstol S. Pedro.

Carisimos: Esta es la súplica que hago á los presbíteros que hay entre vosotros, yo que soy presbítero como ellos, y testigo de las penas que padeció Jesucristo, y que he de tener parte en aquella gloria suya, que á su tiempo se manifestará. Apacentad el rebaño de Dios que os ha confiado, gobernándole no por fuerza, sino por

voluntad, que sea segun Dios: ni por deseos de un torpe interés, sino por puro amor: ni como dominando sobre la heredad del Señor, sino sirviendo de modelo al rebaño por una virtud que nazca del corazon. Y cuando apareciere el Principe de los pastores, recibireis una corona de gloria que jamás se marchitará. Igualmente vos-

otros, ó jóvenes, estad sujetos á los ancianos. Procurad todos inspiraros mutuamente la humildad; porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte en el tiempo de su visita, poniendo en él toda vuestra solicitud, porque tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad, porque el diablo, vuestro enemigo, os anda al rededor, como leon que ruge, buscando á quien devorar:

resistidle, poniendo toda vuestra fuerza en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, dispersos por el mundo, padecen las mismas aflicciones que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su gloria eterna, os hará perfectos, firmes é inmutables, despues de haber sufrido por un poco de tiempo. Para él mismo sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

REFLEXIONES.

Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, porque resiste á los soberbios, y da la gracia á los humildes. Leccion muy importante, pero que debiera ser poco necesaria; porque á no haber perdido el hombre enteramente la razon, ¿quién no ve que no hay virtud mas natural, ni mas propia de nuestra miseria, que la humildad? Todas las cosas nos la están predicando: ignorancia, flaqueza, enfermedades, indignencia, pasiones, brevedad de la vida, edad, caducidad y sepultura. Pero qué poco nos aprovechamos de estas lecciones! Bien podemos ser humillados; mas no hay forma de ser humildes. No hay que pensar que el orgullo habita solamente en los palacios de los grandes; muy de ordinario reina con mayor insolencia en las casas de los plebeyos. Es verdad que la profanidad le fomenta; pero no se sabe acomodar menos con esterioridades modestas. Habiase refugiado á los claustros la humildad, creyendo encontrar en ellos seguro asilo: siguióla el orgullo muy de cerca, y se puede decir que no hay condicion, edad, ni estado donde la humildad esté á cubierto. A la verdad, los hombres de extraordinario mérito están menos espuestos al orgullo, ú á lo menos son mas capaces de conocer la bajeza de esta pasion. Un buen entendimiento no se deja fácilmente deslumbrar de fuegos fatuos, descubriéndole su misma penetracion lo mucho que le falta; pero un entendimiento corto, cómo casi no sale de sí mismo, ni sus luces alcanzan nunca mas que á su limitada esfera, todo cuanto descubre en los demás le parece comun, y todo lo que ve en sí lo juzga estraordi-

nario. De aquí nace que se hallen tantos orgullosos, porque son muy raras las grandes capacidades. *Tristes de vosotros*, dice el Profeta, *los que sois sabios á vuestros ojos*. Sin embargo, son muy pocos los que se eximen de este vicio. Ni aun los que más gritan y mejor escriben contra esta pasión, suelen ser los que están más enemistados con ella. ¡Cosa estraña! No pocas veces se declama por orgullo contra el orgullo mismo. Estiéndese este veneno hasta aquello mismo que debiera servirle de antídoto; aun en la misma humillación se suele tal vez esconder el orgullo. ¡Pero qué funestos efectos no se suelen seguir de él! ¡cuantas pasiones dormirían profundamente si el orgullo no las despertara! ¡cuantas familias vivirían hoy en una perfecta unión conservando su esplendor antiguo si el orgullo no hubiera soplado el fuego de la discordia! Son pocas las pasiones que no deban á esta lo más vivo y lo más amargo que tienen. El orgullo comunica á la cólera su hinchazón y su ferocidad; á la envidia su malignidad y su desconfianza; al odio aquella llama voraz que causa incendios tan funestos; al orgullo debe la lascivia sus inquietudes y sus desasosiegos; ¿y de qué otro principio nacen casi todas nuestras desazones, amarguras y pesadumbres? *El orgullo*, dice el Espíritu Santo, *mina las casas más floridas*; es un viento que todo lo marchita, todo lo abrasa y todo lo consume. No hay árbol tan pomposo que no se seque, una vez que este gusano llegue á roer su raíz. Es el orgullo como el alma de todas las pasiones, y el manantial de todos los trabajos. A un buen entendimiento ninguna cosa le debe humillar más que el mismo orgullo.

El Evangelio es del cap. 22 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Se suscitó mas, el que está sentado ó el contienda entre los discípulos que está sirviendo? ¿No es mas sobre quien de ellos parecía ser el que está sentado? Pues yo mayor. Pero Jesús les dijo: Los estoy entre vosotros como quien reyes de las gentes las gobiernan con imperio: y los que las sirve. Vosotros sois los que tienen bajo de su potestad, se habeis permanecido conmigo en llaman benéficos. Vosotros no mis tentaciones: y yo os habeis de ser así: sino que dispongo un reino, así como mi que sea entre vosotros mayor Padre me le tiene dispuesto á hágase como si fuese el menor: mí, para que comais y bebais á y aquel que precede, como el mi mesa en mi reino, y os senteis en tronos para juzgar las que sirve. Porque, ¿quién es doce tribus de Israel.

MEDITACION.

La humildad de Jesucristo debe ser el modelo y la medida de la nuestra.

PUNTO PRIMERO. — Considera lo que dice S. Pablo (*Rom. 6.*), que á los que Dios antevió con su presciencia, los predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo. Este es el modelo cabal de los escogidos. Parecerse á cualquiera otro retrato, y ser desemejante á este, es carácter de reprobación. Todos admiramos la profunda humildad del Salvador; ¿pero somos todos humildes? Sirve Jesucristo á la mesa á sus discípulos; ¿puede haber más humildad? Si; aun pasa más adelante la de este divino Maestro: se postra á los pies de todos, y hasta los del mismo Judas; corrige la necia vanidad de los que le siguen, menos con sus palabras que con su ejemplo; parecele que no les debe dar otra lección. Por este divino modelo se aplicaron todos los santos á arreglar sus máximas y su conducta. Este ejemplo fué el que inspiró tan bajo concepto de sí á los mayores hombres luego que seriamente pensaron en salvarse. Mientras no perdieron de vista este grande ejemplo los príncipes más poderosos, se pusieron á nivel con sus más humildes vasallos. Aquellos grandes monarcas, cuyo poder y cuyo valor hacia temblar á sus vecinos, se juzgaron muy honrados postrándose á los pies de los pobres; y nosotros sufrimos con impaciencia el anivelarnos con nuestros iguales. Cotejemos nuestras orgullosas máximas con estos grandes ejemplos; comparemos esos modales fieros y orgullosos, esas altanerías, esa desmedida ansia de sobreponernos, esos inquietos y turbulentos deseos de sobresalir, esa risible vanidad, que casi es nuestro distintivo y nuestro carácter; comparemos todo esto con nuestro divino modelo; no es menester más lección, más discursos, ni más razones para confundirnos; ¿pero qué destino podemos esperar, si al mismo tiempo que nos confundimos y nos avergonzamos de nuestra vanidad, no por eso dejamos de ser orgullosos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que si es señal visible y segura de reprobación el no ser conformes á la imagen de Jesucristo, ¿en qué se puede fundar nuestra confianza? Porque al fin todos esperamos ser del número de los escogidos de Dios, y todos queremos serlo. ¿Pues con qué ojos miramos á nuestro divino modelo en el estado de sus continuos abatimientos? ¿con qué des-